

*Irving
Wallace*



**FAN
CLUB**

Sharon Fields, estrella de cine, es una mujer cuyo éxito parece irresistible a todo el mundo. Existe un silencioso grupo masculino de fans que está planeando raptarla. Su meta retorcida, sus aspiraciones, son satisfacer sus más oscuros deseos y frustraciones con ella. Sharon, a quien la vida sonreía, se ve secuestrada, atada, humillada y, lejos de rendirse, planea su propia escapada. Uno por uno engatusa a los secuestradores para salir sana y salva de su prisión.

Para todas las mujeres
y particularmente para una llamada
Sylvia

No me importa que se me acuse de ser fascinante y de poseer atractivo sexual. Sin embargo, ello lleva aparejada una carga... la gente da por sentadas muchas cosas y espera mucho a cambio de muy poco. Un símbolo sexual se convierte en una cosa. Y yo no quiero ser una cosa.

MARILYN MONROE
1962

De no ser por la imaginación, señor, un hombre sería tan feliz entre los brazos de una criada como entre los de una duquesa.

Dr. SAMUEL JOHNSON
1778

La mayoría de los hombres conducen unas vidas de serena desesperación.

HENRY DAVID THOREAU
1854

PRIMER ACTO

1

Aquella mañana de primeros de junio no hacía mucho rato que había amanecido —eran las siete y diez según su reloj de pulsera— y el sol seguía levantándose y calentando lentamente la vasta extensión de edificios y la alargada franja de la campiña del sur de California.

El y su amigo se encontraban allí de nuevo, agazapados y tendidos boca abajo entre la achaparrada maleza del borde del peñasco, tras un seto de arbustos, ocultos a la mirada de cualquiera que habitara en las casas cercanas o penetrara en aquella calle sin salida llamada Stone Canyon, en la cumbre de una colina del lujoso Bel Air.

Ambos seguían esperando con los prismáticos pegados a los ojos.

Ladeando y levantando un poco los prismáticos, escudriñando más allá el objeto de su vigilancia, pudo ver claramente la presa de Stone de Caynon, con las figuras en miniatura de varios visitantes madrugadores paseando por la orilla del lago artificial. Bajando ligeramente los prismáticos pudo seguir la cinta de la calle Stone Canyon desde donde ésta empezaba a serpentear ascendiendo a la altura de Bel Air. Después sus prismáticos se movieron y enfocaron una estrecha y empinada travesía —en el camino Levico— que conducía al callejón sin salida en el que se encontraba la verja de seguridad que defendía la entrada de la muy fotografiada propiedad.

Una vez más sus prismáticos volvieron a recorrer el interior de la propiedad, enfocando el oculto camino asfaltado, la calzada cochera que desde la verja cerrada conducía, en-

tre arracimamientos de árboles de gran tamaño y un huerto, hasta la palaciega mansión que se erguía sobre una gradual elevación. Le seguía pareciendo tan impresionante como siempre. En otros tiempos y otros lugares, sólo los reyes y reinas hubieran vivido entre tanto esplendor. En este tiempo y este lugar las grandes casas y los modernos palacios estaban reservados a los muy ricos y a los muy famosos. De los ricos no sabía nada, pero sí en cambio sabía con toda seguridad que no había en Bel Air nadie más famoso y más mundialmente conocido que la dueña de aquella propiedad.

Vigilaba y esperaba conteniendo el aliento sin dejar de enfocar el soberbio sector del camino asfaltado entre la verja y los racimos de olmos y chopos.

De repente apareció alguien en su campo visual. Extendió la mano libre y le dio a su compañero una palmada en el hombro.

—Kyle —dijo con apremio—, allí está. ¿La ves saliendo de entre los árboles? Oyó que su compañero se removía lentamente y, al cabo de una breve pausa, le oyó hablar.

—Sí, es ella. Allí mismo.

Se sumieron en el silencio, enfocándola sin cesar, vigilando implacablemente a la pequeña y lejana figura hasta que ésta llegó al término de su habitual paseo de quinientos metros hasta la verja cerrada. La siguieron enfocando mientras se alejaba de la verja, se detenía, se arrodillaba, acariciaba y después hablaba con el diminuto y excitado terrier de Yorkshire que no había cesado de brincar a su alrededor. Al final se levantó y se dirigió rápidamente hacia la enorme mansión. Al cabo de un momento, se perdió de vista, oculta por los frondosos árboles.

Adam Malone bajó los prismáticos, se tendió de lado y se los guardó cuidadosamente en la funda de cuero que llevaba ajustada al ancho cinturón. Sabía que ya no le harían falta. Había transcurrido un mes desde el día en que había iniciado aquella vigilancia. Había descubierto aquel

lugar de observación y lo había utilizado por primera vez la mañana del día 16 de mayo. Estaban en la mañana del día 17 de junio. Había estado allí, casi siempre solo y en algunas ocasiones acompañado de Kyle Shively, vigilando y cronometrando aquel paseo matinal durante veinticuatro de los treinta y dos días transcurridos. Esta sería la última vez.

Miró a Shively, que se había guardado los prismáticos en el bolsillo y se había incorporado para cepillarse los hierbajos y el polvo de su camisa deportiva a rayas.

—Bueno —dijo Malone—, me parece que ya está.

—Sí —dijo Shively—, ahora ya lo tenemos todo. —Se alisó el recién crecido y poblado bigote negro y sus fríos ojos color pizarra se posaron una vez más en el escenario de abajo. Sus finos labios esbozaron una torcida sonrisa de satisfacción—. Sí, nene, ahora ya estamos preparados. Mañana por la mañana podremos poner manos a la obra.

—Por allí abajo —murmuró Malone con cierto tono de asombro en la voz.

—Ya lo creo, por allí abajo. Mañana por la mañana. Tal como lo hemos planeado.

Se puso en pie y se sacudió el polvo de los gastados pantalones vaqueros. Siempre resultaba más alto de lo que Malone se esperaba. Shively medía por lo menos un metro ochenta y seis y era espigado, huesudo, ágil y fuerte. «No hay en su cuerpo ni un solo hueso imperfecto», pensó Malone observándole. Shively se inclinó y extendió la mano, tirando de Malone para que éste se levantara.

—Vamos, nene, marchando. Ya basta de vigilancia. Ya hemos mirado y hablado bastante. A partir de ahora actuaremos. —Le dirigió a Malone una sonrisa, antes de echar a andar hacia el automóvil—. A partir de este momento, estamos comprometidos. No podemos volvernos atrás. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Mientras se dirigían al coche en silencio, Adam Malone se esforzó por conferir realidad al proyecto. Lo había lleva-

do en la cabeza tanto tiempo como un sueño despierto, un deseo, un anhelo, que ahora se le antojaba difícil aceptar el hecho de que pudiera hacerse realidad dentro de veinticuatro horas.

Para poder creerlo hizo una vez más lo que había estado haciendo con frecuencia en el transcurso de los últimos días. Procuró centrar sus pensamientos en el principio y después repasar todo el proceso de transformación, de fantasía a punto de convertirse en realidad, paso a paso.

Recordaba que había sido un encuentro fortuito y accidental que se había producido una noche de hacía seis semanas en un acogedor bar del All-American Bowling Emporium de Santa Mónica. Mirando a su compañero, se preguntó si Shively se acordaría...

2

Todo había empezado entre las diez y media y las once y cuarto de un lunes 5 de mayo. Ninguno de los cuatro hombres podría olvidarlo jamás. Kyle Shively no podría ciertamente olvidarlo.

Shively había tenido una mala noche. A las once menos cuarto estaba más furioso de lo que jamás había estado desde que había llegado a California procedente de Tejas. Tras aguardar en el restaurante y comprender finalmente que aquella acaudalada mocosa le había dejado plantado, había salido a telefonarla y, tras llamarla por segunda vez, advirtió que estaba a punto de estallar.

Kyle Shively ardía de rabia mientras bajaba por el paseo Wilshire de Santa Mónica de camino hacia el All-American Bowling Emporium, y al Bar de la Linterna de su interior, que era el que habitualmente frecuentaba. Esperaba que unos cuantos tragos en aquel oasis contribuyeran a calmarle.

Shively podía soportar muchas cosas, pero lo que no aguantaba es que se le tratara como a un ciudadano de segunda categoría, que le tomara el pelo cualquier tía encofetada que se creyera mejor que tú por el simple hecho de que su marido fuera un ricachón. Ah, Shively había conocido a muchas de esas preciosidades, ya lo creo que sí. En los dos años que llevaba trabajando de mecánico en la estación de servicio de Jack Nave se había mostrado muy activo. A este respecto no podía quejarse.

Shively se consideraba a sí mismo un tipo que se conocía muy bien por dentro y por fuera. No hace falta ser psi-

cólogo para conocerse a sí mismo. Basta sentido común, cualidad que Shively creía poseer en abundancia. Tal vez no fuera lo que se llama un sujeto instruido —había abandonado los estudios secundarios en Lubbock, Tejas—, pero la misma vida le había enseñado un montón de cosas. Había aprendido muy bien a manejar a la gente en el transcurso de los dos años que se había pasado sirviendo en el Vietnam, en infantería. Y recorriendo los Estados Unidos en «autostop» había aprendido muchas cosas acerca del mundo y acerca de sí mismo. Y desde que vivía en California su inteligencia se había agudizado.

Ahora, a los treinta y cuatro años, sabía finalmente lo que más le interesaba. Pensándolo bien, ello se reducía a dos cosas: beber y hacer el amor. Y desde que trabajaba en la estación de servicio de Nave, sabía que lo había conseguido con creces. Beber y ocupar el lugar que a uno le corresponde y salir, bueno, esas cosas se las podía permitir más o menos con los 175 dólares a la semana que le pagaba aquel tacaño de Jack Nave. Pero Shively sabía también que para Nave estaba empezando a resultar imprescindible. Trabajaba rápido y lo que hacía lo hacía bien, y estaba seguro de que en todo Santa Mónica no había mecánico de cintas de freno, puestas a punto o válvulas que se le pudiera igualar. Sabía que era acreedor a algo más que aquellos miserables 175 dólares a la semana. Y tenía intención de conseguirlo. Cualquier día iba a pedirle un aumento al viejo Nave.

Shively había hablado con otros mecánicos de Los Ángeles y se había enterado de que éstos incrementaban sus ingresos mediante el cobro del 48 por ciento del precio de la mano de obra de cada automóvil que se reparaba. Es decir, que se partía del precio de la reparación que se cobraba al cliente. Después, tras deducir el costo de las piezas, aquellos mecánicos se repartían prácticamente el dinero restante con su jefe. Algunos de ellos se llevaban a casa hasta 300 dólares a la semana. Shively sabía que eso era lo

que se merecía, y lo pediría y lo conseguiría por mucho que el viejo Nave le llamara maldito asesino. Lo cual significaría que su vida postlaboral, es decir, la bebida y la diversión, sería más fácil y de un más alto nivel.

En cuanto al amor, eso no constituía un problema, porque había mucha animación, sobre todo cuando uno trabaja en una estación de servicio tan atareada y poseía aquel estilo y aquella hechura. Sea como fuere, con la cantidad podía contarse, aunque no siempre con la calidad. Pero en algunas ocasiones conseguía plazas de superoctano. En la estación de servicio de Jack Nave se surtían muchos tipos del gremio de los automóviles de lujo —propietarios de Cadillacs, Continentals y Mercedes— y de esta forma alguna tarde podías conocer a las esposas de los clientes ricos o a las hijas que se morían de ganas de echar una cana al aire.

Sí, en los últimos meses había conseguido apuntarse algunos tantos con mujeres ricas. Apuntarse un tanto con estas tías le hacía a uno sentirse bien, lo reconocía. Acostarse con ellas le hacía a uno sentirse igual e incluso superior. A Shively le gustaba filosofar a este respecto y ahora, mientras se encaminaba al All-American Bowling Emporium, Shively estaba filosofando. Sí, en cuanto te llevas a tu cuarto una de estas señoras ricas y le quitas la ropa y la desnudas y la tiendes en tu cama, todo lo demás se olvida. Dejas de ser un mono grasiento de uñas sucias que sólo gana 175 dólares a la semana. Y la mujer, con sus prendas de Saks y Magnin en el suelo, con su Cadillac y su instrucción universitaria y su vivienda de quince habitaciones y sus criados y el medio millón en el banco, se olvida de todo eso. Y no es más que un busto y un trasero que lo está deseando tanto como tú lo deseas. Este era el gran igualador, desearlo y hacerlo sin que importe ninguna otra cosa. El máximo igualador de la tierra, el mayor allanador del mundo era el miembro de un hombre. Un rígido veintidós centímetros

hacía mucho más en favor de la promoción de la justicia social que todos los más grandes cerebros del mundo.

Y eso es lo que le había hecho enfurecer tanto esta noche. La injusticia de haber sido tratado como si no valiera lo suficiente, como si no fuera un igual, como si no lo mereciera.

Había conocido a la tal Kitty Bishop hacía cosa de un mes. Era la primera vez que la veía. Gilbert Bishop, su marido, era uno de los clientes habituales de Nave. Bishop solía traer personalmente su viejo Cadillac, mientras que el Mercedes de su esposa solía traerlo un criado. Era un viejo bastardo muy rico, sesenta años tal vez, y Nave decía que había ganado los millones con negocios inmobiliarios. El muy hijo de puta.

Sea como fuera, hacía cosa de un mes se había presentado en persona por vez primera la esposa del viejo Bishop. El viejo se encontraba ausente de la ciudad por asuntos de negocios y ella, Kitty Bishop, se dirigía con su Mercedes a la playa de Malibú, cuando el motor empezó a hacer un ruido extraño y el coche a dar sacudidas y pensó que sería mejor detenerse para que Nave le echara un vistazo. Bueno, el caso era que los conocimientos automovilísticos de Nave empezaban y terminaban en el depósito de gasolina y, por consiguiente, Nave le pasó la clienta y el automóvil a Shively.

Shively estaba emergiendo de debajo del puente de engrase cuando la vio descender del vehículo para hablarle. No podía creer que aquélla fuera la señora Bishop. Demonios, pero si debía tener treinta años menos que el vejstorio. Y una auténtica preciosidad, una pelirroja, allí de pie, con el albornoz abierto y un bikini a lunares porque se dirigía a la playa, sonriéndole mientras le explicaba lo que sucedía. Shively la escuchó sin dejar de mirarla, calibrando los pequeños pechos, la firme piel y el fabuloso trasero.

Levantó inmediatamente la cubierta del motor, tanteó el distribuidor, ajustó el carburador y le dijo que pronto había que quitarlo. Mientras trabajaba y hablaba, ella no hacía más que mirarle. Le miraba, fumaba y sonreía. Al final se hicieron amigos y él bromeó con ella y ella bromeó con él. Al terminar, no intentó nada. Pero cuando ella se hubo marchado, no pudo apartarla de sus pensamientos.

Una semana más tarde, la vio regresar a la estación de servicio con otra dificultad mecánica. Y después otras dos veces. El coche no tenía gran cosa y Shively empezó a estar más seguro de que ella venía sobre todo para verle. Y después aquella mañana, vestida con un fino blusón azul y unos ajustados «shorts» a juego, sonriendo y diciéndole que debajo del coche se escuchaba un crujido y ella pensaba que tal vez fuera cosa del tubo de escape. Shively agarró una herramienta, se deslizó bajo el coche y, cuando hubo terminado y salió, la vio y estuvo seguro, casi seguro, de que debía de haberle estado mirando la bragueta.

Cuando se levantó, empezaron a bromear, un poco. Se encontraba de pie a su lado y echó un vistazo y vio que Nave no podía oírle. Y llegó a la conclusión de que ¿por qué no? Pero entonces ella se metió en el automóvil y cerró la portezuela. Él se le acercó rápidamente y se inclinó junto a su cabeza porque ella se había inclinado hacia adelante para girar la llave de encendido.

—Debo confesarle —dijo mirándola directamente a los ojos— que me ha gustado mucho hablar con usted, señora Bishop.

Ella le miró y contestó:

—A mí también me ha gustado, Kyle.

—Me gustaría poder seguir haciéndolo un poco más. Para conocerla mejor. Termino de trabajar a las nueve de la noche. ¿Le parece bien que nos encontremos a las nueve y media en el Tambor Roto para tomar un trago?

—Bueno, ya veo que no se anda usted por las ramas con una mujer, ¿verdad, Kyle?

—Cuando la mujer es como usted, no. Estaré allí a las nueve y media.

Ella puso marcha atrás y empezó a retroceder.

—Ah, muy bien —dijo, o algo parecido, y se fue y él estuvo seguro de haber alcanzado el éxito.

Se pasó toda la tarde canturreando muy contento. Durante las dos horas libres de la cena se fue de compras y se dirigió después a su apartamento para dejar las bebidas alcohólicas y arreglar un poco la casa con vistas a la actividad que iba a tener lugar por la noche. Después, volvió a trabajar hasta las nueve, y después se quitó la mugre de las manos y los brazos con Lan-Lin. Se había afeitado en el lavabo de caballeros con la maquinilla eléctrica que siempre tenía a mano, se había peinado el oscuro cabello rizado y se había puesto ropa limpia.

A las diez y media aún estaba esperando a Kitty Bishop en el Tambor Roto.

Pero ella no apareció. Le dejó plantado, la muy bruja.

Le había excitado y le habla prendido fuego para dejarle después. Había comprendido la lección. Le había querido colocar en su sitio. Le había dicho que no era suficiente para ella. Pues, muy bien, maldita sea, él también tenía que decirle un par de cosas.

Salió hecho una furia del restaurante y corrió a la estación de servicio. Nave estaba ocupado llenando un depósito de gasolina. Shively entró en el despacho de Nave y buscó el registro de clientes. Copió de la tarjeta del viejo Bishop en un trozo de papel el número telefónico de su casa de Holmby Hills. Después se fue y se dirigió a la cabina telefónica más próxima.

Introdujo unas monedas y marcó. Ring... ring y allí estaba ella. Le reconoció la voz. Tranquilo, como si nada hubiera sucedido.

—¿Kitty? Soy Kyle. ¿Qué sucede? Llevo esperándote más de una hora.

—¿Quién es?